



VIOLENCIA - 5

Luis Pedro España

En Venezuela

La naturaleza de la violencia social

La ruptura de la imagen de Venezuela como país pacífico y estable políticamente, no sólo es una representación internacional, sino, más importante aún, es un dato que ha fracturado los imaginarios nacionales.

Como hemos dicho, el crecimiento de la violencia en Venezuela se debe al quiebre del paradigma petrolero-rentista a partir del cual se conformaron las relaciones políticas, sociales y económicas del país. Sin embargo, el paso de la resolución de los conflictos de un modo petrolero a otro que cada vez más dependerá de la capacidad productiva del país, ha tenido repercusiones que trascienden los ámbitos económicos y políticos de origen, para trastocar los constructos culturales nacionales sobre los cuales se construyó la Venezuela «pacífica» del s.XX.

Aun cuando la no correspondencia entre los cambios socioeconómicos ocurridos y la capacidad de las instituciones políticas para manejar pacíficamente las nuevas fuentes de conflicto puede identificarse como causa del aumento de la violencia política, ¿qué podemos definir como causa de una violencia social, que es la prototípica del país, la más sentida y la que más preocupa?

Las investigaciones sobre la violencia en Venezuela califican a la violencia cotidiana como la de mayor magnitud, la que más número de víctimas cobra y, por lo anterior, aquélla a partir de la cual la violencia puede registrarse como un problema reciente y en aumento.

Además de describirla desde los ámbitos propios de la cotidianidad, su naturaleza llevó a calificarla de loca, como elemento distintivo en comparación a otras violencias de América Latina. Tal adjetivo surge de la identificación de cinco elementos que la componen; ellos son:

Un alto componente ritual en la conducta violenta, en términos de que

se privilegian los resultados simbólicos antes que los resultados prácticos de la acción. Con ello se quiere destacar el ejercicio de la violencia como fin en sí mismo, y no solamente como instrumento o medio para alcanzar objetivos. Así, la violencia puede llegar a estar desvinculada de fines distintos al propio hecho de ejercer violencia, con lo cual los factores políticos o económicos son insuficientes para explicarla.

Como segundo elemento, se señala el carácter caótico de la violencia en Venezuela. No es planificada, carece de sentido estratégico o de modalidades de organización en torno a ejes que regularicen o normen la violencia ejercida. Ello supone, por otra parte, que es impredecible, puede sorprender en cualquier lugar o tiempo social; por lo tanto los mecanismos posibles de prevención se suspenden dada la incalculabilidad del hecho.

En tercer lugar, y como resultado directo de las dos anteriores, es desproporcionada en relación a la magnitud «esperable» de violencia, bien sea porque la reacción de violencia frente a un estímulo inicial que la justifique es desmedida comparada con éste, o bien, incluso, aparece sin ningún acontecimiento previo que la explique.

En cuarto lugar, las conductas violentas se ven favorecidas por la inexistencia de mecanismos de contención provenientes del orden normativo establecido por la sociedad.

Por último, un quinto elemento señala el sentido de oportunidad que supone para esta violencia expresarse sin barreras cuando situaciones coyunturales y extraordinarias ocurridas en la esfera de lo macrosocial elevan el grado de tensión social (protestas callejeras, intentos de golpe de Estado, etc).

Las cinco características señaladas refieren a una violencia primaria, las cuales, en un contexto de transición y cambio social, encuentran oca-

sión para aprovechar, justificar o, mejor aún, estimular el afloramiento de conductas violentas.

De este modo podemos establecer un paralelismo: al igual que en el s.XIX venezolano la inexistencia de un orden republicano que suplantara al colonial, que fue destruido tras la intensa guerra de independencia, permitía avalar las luchas intestinas de entonces, la suspensión de los constructos culturales pacíficos con los que se construyó el orden sociopolítico del s.XX, pueden estar explicando los brotes de la violencia loca de hoy.

Los contenidos culturales de la democracia venezolana, y que hoy están en franco y cotidiano deterioro, están directamente relacionados con las bases de acuerdo, ya señaladas, a partir de las cuales se conformó el régimen. La promesa de crecimiento y mejora material, junto a la garantía de su disfrute (independientemente de cuál fuera la contraprestación de los distintos sectores sociales para con ese crecimiento y desarrollo), a partir del Estado petrolero como garante, permitió que desarrolláramos tres tipos de componentes culturales que hoy están cuestionados, ya que no encuentra referente empírico que los sostengan.

El primero lo constituye la dicotomía civilización-barbarie. Propuesto desde la tradición positivista de finales del siglo pasado, la aproximación a la civilización ha sido presentada y, en cierta medida también vivida, como un hecho progresivo e indetenible registrado por el país desde, por lo menos, principios de siglo. Tras la autoafirmación de «civilizados» se presenta al pasado violento del país como bárbaro, en contraste con un presente que superaba a la barbarie y un futuro que nos inmunizaba contra su regreso.

El quiebre con este primer constructo cultural lo constituye la suspensión en los avances de lo que había sido calificado «de civilizado» y la aparición sucesiva de signos de violencia que se refieren a la llamada barbarie decimonónica de Venezuela.

La imposibilidad de alcanzar la realización a través de bienes civilizatorios, los cuales en nuestro caso habían degenerado en el consumismo ramplón del nuevo rriquismo, suspensión de éste como mecanismo de contención de la violencia para, más bien, propiciarla al estimular el desarrollo de vías ilegítimas, ilegales y eventualmente violentas para alcanzar «metas

civilizadas».

El segundo lo compone lo que podríamos llamar la moral igualitaria, la cual fundamentada étnicamente en el masificado proceso del mestizaje en Venezuela, se apoyaba socio-económicamente en el principio de acceso al ingreso petrolero por parte de los distintos sectores sociales.

El Estado, asignador de dicho recurso, creó una dinámica en la cual ningún actor social de importancia se percibió como perdedor; por el contrario, todos eran ganadores marginales respecto a su situación inicial.

Esto hacía posible que la moral igualitaria cristalizara en la cotidianidad de los actores y agentes sociales, aunque bajo una lógica de la retribución que en realidad suponía desiguales distribuciones. Dadas las distancias en la estratificación, aquél que más arriba se encontraba en la pirámide social, a su vez exigía una mayor cuota de participación del ingreso petrolero para que pudiera autopercebirse como ganador. Mientras que para los ubicados en posiciones más bajas, dentro de la escala social, bastaban porciones más pequeñas para que también fueran ganadores.

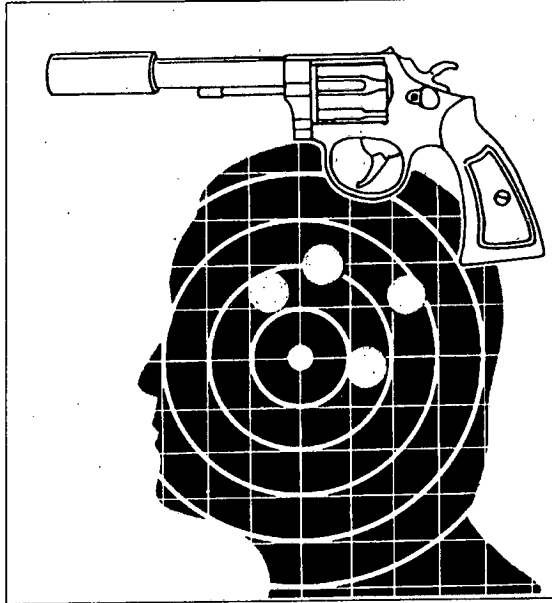
La moral igualitaria se afirmaba en el hecho de que ningún sector social perdía las posiciones alcanzadas en el pasado y no perdía la esperanza de incluso mejorarla en el futuro. No obstante, objetivamente la sociedad venezolana era cada vez más desigual, dada la mecánica de asignación descrita.

Este segundo componente cultural de contención de la violencia se suspende cuando la «sociedad de ganadores desiguales» no puede seguir operando, y ahora los beneficios de un sector son cada vez más las pérdidas de otro. Han comenzado a aparecer los perdedores, y si el uso de la violencia puede cambiar la regla para quienes están condenados a serlo (estén ellos en posiciones sociales altas o bajas) la moral igualitaria dejará de ser contenedor de la violencia, para más bien propiciarla.

Es una realidad constatable en la cotidianidad el papel que han adquirido «los atajos violentos» para mantener el principio igualitario entre los actores perdedores o potenciales a serlo. La delincuencia, la corrupción y más recientemente el negocio de la droga, se han convertido en estrategias de ascenso social. La moral igual-

itarista, al interpretarse como derecho adquirido, justifica la aparición de acciones violentas que permitan grupal o individualmente mantener abiertos canales de ascenso material.

El tercer y último componente cultural pacificador que se ha desactivado en Venezuela es el de protección o paternalismo. Ligado, claro está, a las tradicionales formas clientelares en que fueron planteadas las relaciones ciudadano-sistema político. En él subyacen formas de relación entre la sociedad y el Estado, o el individuo y las instituciones, en las cuales la res-



ponsabilidad propia (individual o grupal) en última instancia no existe, siempre hay una autoridad o entidad superior a la cual apelar para que asuma o resuelva el problema particular, la diferencia o el conflicto entre actores sociales con intereses opuestos.

La delegación del origen de los problemas y de su solución, operaba como contenido cultural pacificador en la medida en que ciertamente había instancias externas (a los actores, y por lo general superiores) que ciertamente atendían los problemas y las demandas, y por contraprestación reclamaban apego, apoyo y subordinación a las instituciones superiores, fueran ellas partidos, burocracias, asociaciones o gremios.

No obstante, cuando ya no es posible el mantenimiento de lógicas paternalistas, dado que las instancias superiores no pueden asimilar, atender y resolver los problemas, entonces la búsqueda de nuevos mesías en proyectos o actores políticos que aseguren poder cargar con la irresponsabi-

lidad de la comunidad (aunque objetivamente ello no sea posible), puede conducir a la aparición de estructuras de poder autoritarias y cargadas de violencia institucional.

La simpatía con que la población acogió a los protagonistas del intento de golpe militar del 4 de febrero no es sino sintoma del deseo por querer mantener el paternalismo político de origen cultural. Incluso aunque éste tenga una alta probabilidad de generar restricciones a la libertad y por tanto mayor grado de violencia.

No hay duda de que un importante difusor de estas representaciones culturales son los medios de comunicación social. Aunque se debe dejar en claro que el mensaje por sí mismo no es capaz de conformar una identidad, sin embargo, los medios sí parecen tener un papel crucial a la hora de evidenciar la ruptura de los componentes culturales pacificadores enunciados, dado que sus mensajes estimulan y legitiman unos objetivos de realización individual, que si bien antes eran posibles de acceder por canales regulares de ascenso social (muchos de ellos probablemente ilegales pero no ilegítimos), hoy sólo una pequeña porción de la población puede aspirar a alcanzarlos por vías legítimas y no directamente violentas.

La disonancia reciente entre la realidad y el contenido de los tres componentes culturales mencionados, ha significado la desactivación del poder contenedor de violencia social de estos últimos. Función que si cumplieron mientras la pasada correspondencia entre realidad y símbolos mantenía a los imaginarios nacionales señados como propiciadores de la paz.

Suspendidos los elementos culturales de paz que se construyeron desde el proyecto democratizador, otros componentes de la memoria del venezolano decimonónico quedan libres y dispuestos a reactivarse en el marco de las condiciones de la Venezuela de hoy.

- (1) Véanse los trabajos de Carmen Scott y Anabel Castillo, **La Violencia Cotidiana en Venezuela**, y el de Marcelino Bisbal, **La Violencia en los Medios de Comunicación Social**. Este último como un ámbito particular de la cotidianidad.
- (2) Ver: Tulio Hernández, *La Cultura de la Violencia en Venezuela*, IIES-UCAB, Caracas, 1992. p.35 y ss.